

**A UN SIGLO Y MEDIO DE
“LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA”
DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE**

Agradezco, Señores Académicos, vuestra designación como Miembro de Número en reemplazo del Doctor Egidio Mazzei, distinguido médico y pensador a quien recuerdo en este momento. Espero ser digno del honor que recibo. Al Doctor Manuel V. Ordóñez sólo puedo transmitirle mi emocionado afecto hacia la enorme generosidad que inunda su espíritu y renovarle una amistad que comenzó hace treinta años cuando quien hoy tiene la dicha de incorporarse a esta Corporación recién iniciaba su vida universitaria. A todos, amigos que me acompañan, una vez más mi agradecimiento.

Me toca ocupar el sillón que lleva el nombre de Fray Mamerto Esquiú. Debo evocarlo sin excesos. No caben elogios enfáticos en esa persona de conmovedora humildad. Las circunstancias lo llevaron empero a predicar desde un púlpito, allá en la Iglesia Matriz de Catamarca, un 9 de julio de 1853. “¿De dónde nos viene esa gran voz?”, preguntaba Vélez Sarsfield. Venía por cierto de muy lejos en la historia, de una tradición que a Fray Mamerto le tocó mantener encendida en nuestra tierra durante la segunda mitad del pasado siglo. Porque ese hombre justificó con fervor a una Constitución cuyo principio de legitimidad, entre otros fundamentos, descansaba en la libertad religiosa y en la soberanía del pueblo. Para un sacerdote de aquella época no era este un empeño sencillo. Supo escrutar, sin embargo, los signos de su tiempo. “Sosegaos, católicos”, expresó en una de las sentencias más vigorosas de su primer sermón patriótico.

Por eso Esquiú fue un precursor. No sólo porque su intuición le permitió superar una visión ultramontana de

las relaciones entre Iglesia y Estado, distinguiendo de modo implícito la tesis de la hipótesis, según un argumento que entonces tenía escasa fortuna en el mundo católico, con la excepción quizá de Bélgica, sino también por la lección de amor a la libertad que emana de ese cristiano lleno de pasión evangélica. Había sufrido, como todos los argentinos, la guerra civil y el despotismo, pero jamás intentó ahuyentar a esos espectros con el dogmático instrumento de un nuevo absolutismo pretendidamente ilustrado y virtuoso. Él fue más generoso, confió en la naturaleza humana, y les dijo a sus compatriotas que no hay concordia posible sin la estricta obediencia a la ley de la República. “¡Noble patria! —exclamó— ¡Cuarenta y tres años has gemido en el destierro! ¡Medio siglo te ha dominado tu eterno enemigo en sus dos facas de anarquía y despotismo! ¡Qué de ruinas, qué de escombros ocupan tu sagrado suelo! ¡Todos tus hijos te consagramos nuestros sudores, y nuestras manos no descansarán, hasta que te veamos en posesión de tus derechos, rebosando orden, vida y prosperidad! Rogaremos, cultivaremos el árbol sagrado, hasta su entero desarrollo; y entonces, sentados a su sombra, comeremos sus frutos. Los hombres, las cosas, el tiempo, todo es de la Patria”.¹

Aquellas palabras venían a reunirse con otras para formar un credo fundador. Esta historia de las palabras argentinas y de los hombres que las decían y escribían no tenía larga duración. Se había gestado en el exilio llevada por pensadores y caminantes que interrogaban al horizonte de las ideas. Viajaban, conocían, aguardaban. . . Entre 1837 y 1853 se publicaron textos, artículos y folletos, desde el *Fragmento Preliminar*. . . hasta las *Bases*. . ., desde el *Facundo*. . . y los *Viajes*. . . hasta *Argirópolis*. . ., desde el *Dogma*. . . hasta la *Ojeada retrospectiva*. . . Luego, todos ellos, alcanzarían la altura de esos “escritos a punta de buril de Tucídides”, que Sarmiento, refiriéndose a otros libros clásicos, recordaba en su vejez.²

¹ “Sermón pronunciado por Fray Mamerto Esquiú en la Iglesia Matriz de Catamarca con motivo de la jura de la Constitución el 9 de julio de 1853”, en S. V. LINARES QUINTANA: *La Nación Argentina hecha ley*, Buenos Aires, 1971, p. 90.

² D. F. SARMIENTO: *Introducción a las memorias militares y foja de servicios de D. F. Sarmiento [1884]* en *Obras completas de Sarmiento*, Buenos Aires, 1948-1956, Tomo XLIX, p. 99.

El pensamiento argentino de aquellos años fue un diálogo entre lo particular y lo universal, entre la nación en escorzo y su contorno. Buscaron en la soledad y el destierro un rumbo, luces más cercanas que las de la primera ilustración capaces de guiarlos con paso firme. Devoradores del tiempo, voraces cazadores de la novedad, su carrera se detuvo frente a algunas obras, muy pocas, que juzgaron sin hesitar como magistrales. Cuarenta años después, cuando en 1880 Mitre recordaba ese momento de juventud, no dudó en llamar a *La Democracia en América*, "libro de cacería" de aquella generación del 37.³

Mitre no se equivocaba. El Libro de Alexis de Tocqueville —la primera *Democracia* . . ., publicado el 23 de enero de 1835— gozó inmediatamente de fama mundial: siete ediciones en cuatro años, rápidas traducciones, la consagración de los críticos —desde Saint-Beuve hasta J. Stuart Mill y Louis Blanc—, la elección a la Academia de Ciencias Morales y Políticas y, al cabo —no sin esfuerzo de su parte— a la Academia Francesa. Sus contemporáneos compartieron la reflexión de Royer-Collard: la obra era comparable a *La Política* de Aristóteles y a *Del Espíritu de las Leyes* de Montesquieu. Cinco años más tarde, el 15 de agosto de 1840, Tocqueville dio a conocer la segunda parte de *La Democracia* . . ., que no recibió los mismos aplausos.⁴ Villemain y Pellegrino Rossi tomaron distancia crítica, los elogios se aquietaron. Tocqueville hacía un año y medio que había sido electo diputado por su circunscripción de Valognes (el 2 de marzo de 1839) y su obra escrita no habrá de reaparecer hasta 1856 en que publicará *El Antiguo Régimen y la Revolución*, tres años antes de su muerte en Cannes el 16 de abril de 1859.

Recapitulemos pues las fechas: 1835, 1837, 1840, 1853, 1856 y 1859. Desde 1835 ha transcurrido un siglo y medio.

³ Conf. A. KORN: *Influencias filosóficas en la evolución nacional* [1912-1936] en *Obras completas. Presentadas por F. Romero*, Buenos Aires, 1949, p. 160.

⁴ *De la démocratie en Amérique* (*La democracia en América*) fue publicada en cuatro tomos. Como se ha dicho, los dos primeros, que constituyen la primera parte (llamada también primer volumen), aparecieron en 1835. Los dos tomos restantes (segundo volumen) fueron editados en 1840. En las citas que siguen utilizaremos las traducciones de L. R. Cuellar (Méjico, 1957) y de D. Sánchez de Aleu (Madrid, 1980), confrontados y corregidos con A. DE TOCQUEVILLE: *De la démocratie en Amérique, Oeuvres complètes*, Tome I (2 volúmenes), Ed. J. P. Mayer, Paris, 1951.

El destino de ese libro y de los hombres que lo hicieron suyo permanece abierto. Sarmiento quiso emularlo en el *Facundo*, Alberdi completó el título de sus *Bases...* con la expresión "puntos de partida", concepto crucial de *La Democracia...* de 1835, y Mitre, en el primer capítulo de la *Historia de Belgrano...*, recuperó la noción tocquevilleana de origen igualitario de la libertad cuando distinguió la colonización del Atlántico basada en el trabajo libre, que dejó la simiente democrática en el Río de la Plata, de la colonización del Pacífico creadora de servidumbre indígena mediante la explotación feudal.

Digamos, señoras y señores, que esos valores e interrogantes hoy están presentes. Como un río subterráneo *La Democracia en América* se perdió entre 1880 y 1930 para reaparecer mientras avanzaba sobre el siglo xx el irresistible movimiento de la igualdad democrática. Tocqueville contemporáneo de los fundadores, Tocqueville nuestro contemporáneo: ¿dónde radica esa tenaz sobrevivencia? ¿qué lecciones puede dejar al paso que renace entre nosotros la esperanza democrática? Permítaseme pues exponer a manera de apretado resumen las certezas y perplejidades de una reflexión que comenzó en la Europa de 1962, cuando por intermedio de Raymond Aron redescubrí la obra de Tocqueville.⁵

No creo necesario insistir acerca de lo que es bien conocido. En 1831 un joven de vieja aristocracia normanda, cuya familia había padecido el terror del 93, puso proa a la América del Norte, junto con su amigo Gustave de Beaumont, para estudiar el sistema penitenciario de los Estados Unidos. Tocqueville pasó en el Nuevo Mundo nueve meses. Nada más: el viaje intelectual que nació de esta experiencia duró en cambio toda una vida.

De ese viaje intelectual, el más íntimo, nos queda, en primer lugar, el legado de un método cautivante que combina la descripción de tendencias históricas de largo plazo

⁵ Entre las obras más importantes de ARON consagradas a Tocqueville, destaco las siguientes: *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, Paris, 1962. *Essai sur les libertés*, Paris, 1965. *Les étapes de la pensée sociologique*, Paris, 1967 (las tres han sido traducidas al español). En lo que a mí respecta, me he ocupado de la influencia de Tocqueville en las ideas políticas argentinas en *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, 1977, y en *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, 1984.

con el papel decisivo de la libertad humana. El hombre, según Tocqueville, hace la historia, pero ella misma lo sitúa en un círculo del cual no puede salir fácilmente. El movimiento histórico, el “hecho providencial —así lo llama— universal y duradero” es el “desarrollo gradual de la igualdad de condiciones”. Es la igualdad en tanto fenómeno objetivo que ha “destruido el feudalismo y vencido a la realeza”, y la igualdad como sentimiento subjetivo que impulsa a los hombres y a los pueblos en pos de la aventura del ascenso. “Este libro —escribió Tocqueville en el Prólogo de 1835— ha sido escrito bajo la impresión de una especie de terror religioso, producido en el alma del autor a la vista de esta revolución irresistible que desde hace tantos siglos marcha a través de todos los obstáculos y que sigue avanzando hoy en medio de las ruinas que ha provocado”.⁶

Así, desde la penumbra de una vida histórica que agoniza, Tocqueville avizora la frontera entre dos mundos y dos tipos sociales: la sociedad aristocrática y la sociedad democrática; el rango, la jerarquía y los privilegios que forman, por un lado, un mundo irremediamente decrepito y, por otro, los derechos individuales, ese “derecho general a la independencia” de cada uno, como él lo define, patrimonio universal del género humano y de la historia del porvenir. Aristocracia y democracia son pues dos conceptos que en su primera formulación califican un tipo de sociedad más que una forma de gobierno. La democracia es —*ab initio*— la igualdad real y el sentimiento subjetivo que la mueve. En palabras de Montesquieu esta es su naturaleza y su principio.

De aquí en más, de esta necesidad inscripta en la historia, arranca la esperanza en la libertad humana. Todo está por hacer. La igualdad es como la materia prima sobre la cual el libre albedrío debe construir la civilización. *La Democracia*. . . de 1840 concluye con estas palabras que son el epílogo de la obra entera: “Las naciones de nuestros días no podrían impedir la igualdad de condiciones en su seno; pero de ellas depende de que la igualdad las lleve a la servidumbre o a la libertad, a la civilización o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria”.⁷ Más fascinante es

⁶ TOCQUEVILLE: *La democracia*. . . I, Introducción.

⁷ TOCQUEVILLE: *La democracia*. . . II, Cuarta Parte, Cap. 8.

este apunte: "Dos problemas a resolver. Despotismo con igualdad. Libertad con igualdad. Allí reside todo el problema del futuro".⁸

Queda de este modo planteado el enigma de lo que vendrá. Esta suerte de visión profética tiene como el dios Jano un doble rostro: la igualdad y la libertad, cuando marchan juntas, conforman el ideal hacia el que debe tender la sociedad democrática, "... en la que todos —escribe— mirando a la ley como obra suya, la quieren y se someten a ella sin esfuerzo".⁹ Es la democracia plena, tipo de sociedad y forma de gobierno. La igualdad sin libertad es en cambio el lado oscuro del porvenir, la perspectiva de un despotismo igualitario mucho más opresor que aquella radical ilegitimidad que Montesquieu ubicó en el cuadro de las sociedades tradicionales.

A ese destino ambivalente parece condenada la vocación humana. Pero esa esperanza, que puede transmutarse en decepción, tiene un referente decisivo en el pasado. No en vano, insisto, Alberdi grabó a fuego en su plan constitucional el concepto de punto de partida. Esta idea de Tocqueville anticipa el rumbo que habrán de adoptar las naciones modernas: "El hombre entero, por decirlo así, —reflexionaba— está ya envuelto en los pañales de su niñez. Algo análogo ocurre con las naciones. Los pueblos se resienten siempre de su origen".¹⁰ En las comunas de Nueva Inglaterra, donde el autogobierno se practicaba con la misma naturalidad que el trabajo cotidiano, Tocqueville observó una igualdad nacida sin traumas que se combinaba espontáneamente con la libertad y la piedad religiosa. Esas pequeñas ciudades, semejantes a repúblicas antiguas sin sombra de esclavitud, evocaban acaso el sueño de Rousseau despojado del opresivo dominio de una voluntad general que se impone sobre los díscolos como espartana exigencia.

En el punto de partida de los Estados Unidos, la igualdad había encontrado a la libertad y a la virtud de Montesquieu. Otro era el caso de Francia. En los entresijos del *Ancien Régime*, el impulso igualitario había crecido hasta

⁸ Manuscrito de TOCQUEVILLE para *La democracia...* de 1840, cit. por J. T. SCHLEIFER: *The Making of Tocqueville's Democracy in America*, Chapel Hill, 1980, p. 187.

⁹ TOCQUEVILLE: *La democracia...* I, Introducción.

¹⁰ TOCQUEVILLE: *La democracia...* I, Primera Parte, Cap. 2.

que acontecimientos no previstos encendieron una gran revolución. El ideal del 89 —igualdad, libertad, fraternidad— sucumbió frente al terror y al despotismo bonapartista. Era la ruptura: la igualdad desnuda, el terror acoplado a la virtud, la llanura de un paisaje, arrasada la vieja libertad aristocrática, donde una multitud de individuos aislados era masa disponible para un nuevo orden autoritario y militar. En una orilla del atlántico reinaba la esperanza; en la opuesta, el fracaso. La intención teórica de Tocqueville quedará contenida en estas dramáticas preguntas: ¿cómo desvincular la tradición de la libertad de la tradición revolucionaria? ¿cómo sembrar la libertad en un terreno que ha padecido el trastorno de una revolución igualitaria, a sabiendas que la historia no retrocede y que la ideología reaccionaria es un mito sin sentido?

Las respuestas circulan por lo menos sobre tres carrieres. Son las meditaciones de Tocqueville acerca de la legitimidad democrática según origen, finalidad y ejercicio. De las tres, la legitimidad de ejercicio se erige en el último cimiento de la democracia, porque este régimen es una práctica permanente que no sólo toma en cuenta leyes e instituciones, en suma la constitución de un pueblo, sino que sobre todo atiende a una singular pedagogía de la asociación civil y política. La democracia es el régimen que descansa en el arte de la asociación. Por eso es un estilo de vida.

Montesquieu descubrió el espíritu de las leyes. Tocqueville escrutará el espíritu de la democracia sometiendo a la idea aristocrática de la libertad resistencia a una fulminante conversión. La asociación libre y voluntaria, la adhesión de varios ciudadanos a un común programa e interés, el derecho de reunión, la formación de grupos cívicos y partidos políticos, habrán de reemplazar a los cuerpos constituidos que otrora frenaban el despotismo del monarca. Montesquieu señalaba que sin nobleza no hay monarquía sino despotismo.¹¹ Tocqueville, casi un siglo más tarde, advertirá que sin asociación voluntaria no hay democracia sino tiranía de la mayoría. “Entre las leyes que rigen las sociedades humanas hay una —dijo— que parece más precisa y más clara que todas las demás. Para que los hombres

¹¹ MONTESQUIEU: *De l'Esprit des Lois* [1748], Livre V, Chap. 12.

permanezcan civilizados o lleguen a serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos y se perfeccione en la misma proporción en que aumenta la igualdad de condiciones”¹².

El arte de la asociación voluntaria tiene para Tocqueville un doble linaje: es hijo de las leyes que garantizan su posibilidad y existencia, pero, más que eso, es tributario de una experiencia viviente, de las costumbres y de la religión. Costumbres según la expresión antigua: *mores*, hábitos del corazón y del espíritu, creencias y opiniones arraigadas en un pueblo. Las costumbres no existen sin soporte ético y la religión cumple esta función en una democracia: se ha despojado del ropaje cortesano; ya no dirige a los poderosos y sus súbditos desde el Estado, sino a los ciudadanos desde la sociedad. En el mundo aristocrático, la religión educa a la sociedad desde el poder político: configura, de esta suerte, un orden clerical. En la democracia, la religión educa al poder político desde la sociedad y por este camino conforma un poder moral.

Tocqueville enfrenta resueltamente al espíritu de la ilustración que postulaba que la libertad y la tolerancia se robustecían a medida que la fe religiosa decrecía en la conciencia individual. Él dirá que no puede haber vida ciudadana, tumulto y confrontación sin el sosiego moral de la piedad del hogar. Para Tocqueville, cada tipo de sociedad debe contar con una forma de religiosidad adecuada. El principio religioso que anima a la democracia es aquel que se reencuentra con una tradición evangélica tan alejada de la religión civil, impuesta por la voluntad general a título de dogma laico, como del imperio clerical en la sociedad aristocrática o del absolutismo sacro en la república antigua. Pocas cosas desmienten con más fuerza la utopía racionalista que este fascinante cuadro de las costumbres en una democracia. Tocqueville no confiaba en el voluntarismo legislativo. El legislador guiado por este principio erige a la ley que nace de un proyecto de la razón en exclusivo reconstructor del mundo. Las causas físicas y las costumbres quedan subordinadas a este designio. Esa utopía ha perdido, según Tocqueville, razón de ser: “. . . tres grandes causas —concluye— ayudan indudablemente a ordenar y

¹² TOCQUEVILLE: *La democracia*. . . II, Segunda Parte, Cap. 5.

a dirigir la democracia americana; pero si hubiera que clasificarlas, yo diría que las causas físicas contribuyen menos que las leyes, y las leyes menos que las costumbres".¹³

La sabiduría política consiste pues en entender las costumbres por medio de la experiencia y la historia. "Hay tres hombres —le confesaba Tocqueville a su amigo Kergorlay— con los cuales vivo todos los días un poco, son Pascal, Montesquieu y Rousseau".¹⁴ Pascal, su confidente: *l'esprit de finesse* que confronta a *l'esprit de géométrie*. Ese conocimiento pascaliano que llega hasta el corazón, a la raíz de las creencias y sentimientos, que sabe que la razón tiene límites —bien ha dicho Lamberti—, le abrió a Tocqueville el cerrojo de un entendimiento histórico diferente del de sus contemporáneos, Comte, Hegel y Marx. En éstos el espíritu de geometría se traduce en espíritu de sistema. A Tocqueville, *l'esprit de finesse* le inspira una comprensión abierta de la historia y de una justicia que la trasciende.¹⁵

Los Estados Unidos le revelaron a Tocqueville un mundo donde las costumbres creaban y conservaban a la democracia. El escenario europeo, erizado de obstáculos le proponía, por otra parte, una exigencia mayor, porque se trataba, ni más ni menos, de invertir la circunstancia feliz de América del Norte, reclamándole a las leyes y a la política que ellas mismas, mediante un paciente trabajo cívico, fueran creando paulatinamente nuevos hábitos y nuevas costumbres. La tarea era inmensa, semejante a la que se propusieron nuestros fundadores. Tenían que actuar en sociedades donde la libertad no había echado raíces, tierra yerma sobre la cual planeaban dos tentaciones: la tiranía de la mayoría, que no es otra cosa que el despotismo revolucionario, y la fuga hacia lo privado que emprende un habitante mezquino encerrado en el individualismo.

La primera, ya lo hemos dicho, es el trágico final de una utopía a la que devora, al principio el terror y luego un orden opresor. Explicación del bonapartismo y, a la vez,

¹³ TOCQUEVILLE: *La democracia...* I, Segunda Parte, Cap. 9.

¹⁴ Tocqueville a L. de Kergorlay, 10/11/1836 en TOCQUEVILLE: *Oeuvres Complètes, op. cit.*, Tome XIII, Vol. 1, Paris, 1971, p. 418.

¹⁵ Conf. J. C. LAMBERTI: *Tocqueville et les deux démocraties*, Paris, 1983, pp. 20 y 207. Véase también, L. DIEZ DEL CORRAL: *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*, Madrid, 1965, pp. 84-146.

genial predicción de aquello que el siglo xx tiene de indigno: "Si se me permitiese levantar el velo que nos oculta el futuro, no me atrevería a hacerlo —escribió Tocqueville en un apunte para *La Democracia...* de 1840—. Tendría miedo de ver a toda la sociedad en manos de los soldados. Una organización *burocrática, militar*, el soldado y el funcionario. Símbolo de la sociedad futura".¹⁶

La segunda tentación es más benigna y aqueja por igual a las democracias realizadas en plenitud y a las que todavía avanzan por un estadio más imperfecto. Es la tentación del individualismo, el proyecto vital de un habitante cuyo horizonte se detiene en el estrecho marco que le propone la existencia privada. Tocqueville ausculta la erosión paulatina a que se ve sometida la opinión pública: "...temo que el poder termine al cabo dominando a todos —expresó en su discurso de recepción a la *Académie Française*— no porque tenga a su favor a la opinión pública sino porque la opinión pública no existe más".¹⁷ Tocqueville no encontró palabras capaces de explicar —él mismo lo reconoce— a esta nueva forma de opresión. Le bastó con describirla en una página que recoge: "...veo una muchedumbre inmensa de hombres semejantes e iguales, que giran sin cesar sobre ellos mismos para procurarse placeres pequeños y vulgares con que llenar su alma. Cada uno de ellos, apartado de los demás, es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos constituyen para él toda la especie humana; está cerca de sus conciudadanos y de sus vecinos, pero no repara en ellos; los roza sin sentirlos; no existe más que en sí mismo y para sí, y si todavía le queda una familia, puede decirse que ya no tiene patria. Por encima de esa masa se alza un poder inmenso y tutelar que se encarga exclusivamente de garantizar los goces de todos y controlar su destino. Es absoluto, detallado, regular, previsor y suave".¹⁸

¿Situación irremediable? ¿Melancólica comprobación del fracaso? Tocqueville, como Montesquieu y antes Maquiavelo y Aristóteles, se detiene con pesar frente al problema de la corrupción. Sin quererlo, el individualismo, al

¹⁶ Manuscrito de TOCQUEVILLE para *La democracia...* de 1840, cit. por J. T. SCHLEIFER: *op. cit.*, p. 176.

¹⁷ Citd. por J. C. LAMBERTI: *op. cit.*, p. 293.

¹⁸ TOCQUEVILLE: *La democracia...* II, Cuarta Parte, Cap. 6.

abdicar la libertad, ha edificado las bases de un Estado inmenso y tutelar. Pero ¿cuál es la libertad que abdica? ¿de dónde arranca la cadena causal de la decadencia?

A vuelo de pájaro, nadie podrá dudar de que Tocqueville pertenece a la familia del liberalismo clásico. Su teoría reposa sobre una definición estricta de los derechos y la justicia; su rechazo del privilegio es tan rotundo como su adhesión al orden espontáneo y a la libertad individual. Hay un aspecto, empero, a través del cual Tocqueville se lanza en procura de una comprensión cívica de la libertad. Benjamín Constant estaba satisfecho con “aquel orgulloso y celoso aislamiento del individuo —son sus palabras— en la fortaleza de su derecho”. Esa era la libertad de los modernos como la llamó Constant en 1819.¹⁹ Tocqueville carecía de un convencimiento tan firme, quizá porque no llevó la teoría de las consecuencias no queridas de la acción humana hasta las últimas consecuencias: para él, los intereses individuales no engendran necesariamente efectos benéficos.

Es que Tocqueville no se resigna a enterrar al humanismo cívico de linaje renacentista. La única libertad capaz de redimir a una democracia corrupta es, precisamente, la libertad política. Sin ella, sin esa práctica incesante a través de la asociación y de la educación cívica, las pasiones mezquinas que genera la igualdad terminarán prevaleciendo. Las garantías que ofrece una constitución escrita son para Tocqueville insuficientes, porque el individuo será al cabo sometido si no es capaz de volcar parte de su existencia a lo público para defender y perfeccionar las libertades civiles. La libertad política es la encarnación de esas garantías.

Esta meditación acerca del destino cívico del hombre es, al mismo tiempo, una reflexión sobre el individuo y el ciudadano. Tras la ruta abierta por Hayek, una corriente del pensamiento liberal presentó convincentemente a Tocqueville como quien mejor expone la corrupción de la libertad política presa de un poder tutelar.²⁰ El argumento

¹⁹ Conf. B. CONSTANT: “De la liberté des anciens comparée à celle des modernes” (Discurso pronunciado en el Athenée Royal de Paris, 1819) en B. CONSTANT: *De la liberté chez les modernes* (Textes choisis, présentés et anotés par M. Gauchet), Paris, 1980, pp. 494-496.

²⁰ Véase, por ejemplo: F. A. HAYEK: *Los fundamentos de la libertad* (Traducción de J. V. Torrente), Introducción a la Tercera Parte, Madrid,

inverso, sin embargo, no es menos cierto y ha sido explorado por autores recientes, Lamberti y Jardin entre otros: las libertades civiles, en efecto, también se corrompen cuando el individuo ignora su deber ciudadano y transfiere a otros su irrenunciable derecho político a ser dueño de su destino.²¹ La crítica de Tocqueville a los fisiócratas —en *El Antiguo Régimen y la Revolución*— conserva una sorprendente actualidad. Los que escinden la libertad, creyendo que la libertad económica puede coexistir con el absolutismo político, refuerzan la centralización, erosionan las reservas cívicas y preparan el terreno para las revoluciones y el despotismo.²²

No en vano Tocqueville se definió como “un liberal de nueva especie”. Ese lúcido esfuerzo por reconciliar el humanismo liberal moderno con el humanismo cívico de tradición clásica, convierte a esta teoría en un conmovedor homenaje a la doble dimensión del sujeto de la democracia: el individuo, realizador de la libertad cotidiana, y el ciudadano creador del espacio público y del bien político. Homenaje a sus virtudes y flaquezas; reconocimiento, en fin, de una fecunda tensión entre ambos polos, los que ocuparon entre nosotros Alberdi y Sarmiento, arquetipos de las dos libertades.

He dicho tensión creadora. Tal parece ser el destino del liberal que abraza la democracia. La biografía de Tocqueville está atravesada por un haz de tensiones, por la acción de fuerzas opuestas que solicitaban su espíritu. Tensión entre los sentimientos y las certezas de la razón. Él, experto en costumbres, se vio obligado a vencer sus propios sentimientos. Por gusto y tradición era un hombre que disfrutaba de la libertad aristocrática. Su inteligencia lo condujo a comprender que ese mundo decrepito era irredimible y que, mirando hacia adelante, la única libertad posible habrá de ser la libertad democrática.

Tensión entre el sabio y el político, entre lo que Max Weber llamará más tarde una ética de la convicción contrapuesta a una ética de la responsabilidad. Tocqueville dipu-

1978, pp. 343 y ss.

²¹ Conf. J. C. LAMBERTI: *op. cit.*, y A. JARDIN: *Alexis de Tocqueville 1805-1859*, Paris, 1984.

²² TOCQUEVILLE: *L'Ancien Régime et la révolution, Oeuvres Complètes*, *op. cit.*, Paris, 1952, Vol. I, Livre III, Chap. 3.

tado entre 1839 y 1848, solitario y ensimismado, ocupando un lugar en el parlamento entre el centro-izquierda de Thiers (aquel que Sarmiento describió en una página inolvidable²³) y la izquierda dinástica de Odilon Barrot. Tocqueville tentado por la fama, sacrificando la paz del gabinete, peleando las elecciones, conquistando a la postre su banca con el sufragio universal. Tocqueville, Ministro de Relaciones Exteriores de una efímera república a la cual derroca un golpe de Estado. Tocqueville en el exilio interior, recuperando en el ocaso su cariño por los papeles y los archivos.

Tensión, en fin, en un hombre que supo descubrir el fundamento religioso de la democracia y que, sin embargo, no logró satisfacer con una fe completa esa nostalgia de Dios. Hasta el último momento, en un cuerpo consumido por la tuberculosis, el Dios de los sabios y los científicos libró su batalla con el Dios de Pascal, el Dios de los Profetas. Esta fue su vida y estas palabras lo pintan de cuerpo entero: "Creo que habría amado a la libertad en cualquier época; pero me siento inclinado a adorarla en los tiempos que corremos. Por otra parte, estoy convencido de que fracasarán todos los que, en los tiempos que se avecinan, traten de apoyar la libertad sobre los privilegios y la aristocracia. Fracasarán todos los que intentan atraer y retener la autoridad en el seno de una clase. No existe, en nuestros días, soberano tan hábil y tan fuerte que sea capaz de restablecer el despotismo restaurando distinciones permanentes entre sus súbditos; ni tampoco legislador tan sabio y tan poderoso que pueda mantener instituciones libres si no toma la igualdad como principio básico y símbolo permanente. Es preciso, pues, que aquellos de entre nuestros contemporáneos que pretendan fundar o asegurar la independencia y la dignidad de sus semejantes, se muestren partidarios de la igualdad; y el único medio de demostrar que lo son es siéndolo. El éxito de su empresa sagrada depende de ello. Así pues no se trata de reconstruir una sociedad aristocrática, sino de que la libertad surja del seno de la sociedad democrática en la que Dios nos ha hecho vivir".²⁴

²³ Conf. D. F. SARMIENTO: *Viajes por Europa, África y América, 1845-1847*, en *Obras Completas, op. cit.*, Tomo V, pp. 121-125.

²⁴ TOCQUEVILLE: *La democracia...* II, Cuarta Parte, Cap. 7.

Señores académicos, señoras y señores. Este es el llamado de un hombre que desde las ruinas de una forma de vida que agonizaba supo construir una esperanza. Hagamos nuestra, un siglo y medio después, esa esperanza democrática. Muchas gracias.